

# Editorial

## Educar para pensar

Partimos lanzando la mirada desesperanzada de Hamm y Clov en ese interior sin muebles que Samuel Becket dibuja en su *Final de partida*: es un lugar frío, un salón descolorido. La imagen dibuja cierta resignación respecto a los tiempos que corren; y es la misma imagen que sirven a Jorge Larrosa para describir la Universidad de estos días. Una universidad sin filosofía es un escenario que ha perdido la alegría del pensamiento, es un espacio al que llegan personas a transitar chocando entre sí, pero sin encontrarse. Una universidad sin filosofía, pierde de vista la importancia de conversar, de leer, de escribir y de pensar. Ahora bien, secundamos la pregunta del catedrático catalán: ¿vale la pena conversar, leer, escribir y pensar en estos tiempos?

Hacemos el acento en la frase que cierra la pregunta: en estos tiempos. El capitalismo parece atravesarlo todo y configura un escenario espacio-temporal que organiza nuestras relaciones humanas. Con Rancière aprendimos que la sensibilidad humana, esa que construye una determinada manera de ver, de escuchar, de sentir, de pensar y de hablar como los humanos hablan, está condicionada por una división de los espacios y los tiempos. Espacios físicos y virtuales que se actualizan permanentemente, están diseñados para la producción y el consumo. La lógica de la transacción de valores monetarios y vitales, crea una forma de relacionarnos con nosotros mismos, con los otros y con el planeta tierra.

Para pensar en estos tiempos, sirve la metáfora de la superficie lisa del territorio sin obstáculos descrita por el filósofo coreano Byung-Chull Han, ese lugar de los desplazamientos sin obstáculos, ese tránsito sin la objeción del otro cuerpo físico o simbólico, dispone para que exista una manera de relacionarnos con el mundo: relaciones rápidas, vertiginosas, sin obstáculos, autopistas 4 y 5G para que sean atravesadas por cuerpos biológicos y cuerpos simbólicos: lugares que se ofrecen para que todo pase rápido, sin detención. Lugares de la afirmación permanente, lugares de la positividad, lugares sin preguntas, lugares sin objeciones.

Eliminamos los signos de interrogación en la pregunta inicialmente formulada y traemos la primera oración que nos permitió llegar hasta este lugar para dar nacimiento a una contundente y rotunda afirmación: vale la pena conversar, leer, escribir y pensar desde la universidad. Nos volvemos apoyar en Jorge Larrosa:

Lo que aún conservo, eso sí, a pesar de todo, es el amor. El amor a los libros, el amor a la vida y el amor, por qué no decirlo, a los jóvenes, a los que empiezan, a los que llegan a las aulas universitarias con ganas de aprender, de leer, de escribir, de conversar, de pensar, con ganas de vivir.

Las siguientes páginas son la afirmación de la vida en las voces de estudiantes universitarios, estudiantes de la Facultad de Ciencias de la Educación que no abandonan la alegría del pensamiento, que, a pesar del rumbo implacable de estos tiempos, se resisten a ceder su palabra, su escritura, sus vidas a otros y otras. Lo que sigue son las voces activas de quienes, a pesar de la negación de la filosofía y del pensamiento en la universidad de estos tiempos, reivindican la lectura de otras y otros, autores y autoras que guían con su luz la posibilidad de seguir haciendo universidad y haciendo mundo.

Toda elección siempre trae el sinsabor de lo que se deja por fuera. Los textos presentados, son ejercicios adscritos a los procesos de los semilleros de investigación y las asignaturas de investigación. Estos escenarios han sido nichos fecundos para la Formación Investigativa y la construcción del pensamiento crítico de docentes y estudiantes. Así, se dispone de una muestra parcial de lo que significa leer, escribir, conversar y pensar diferente.

---

Juan Alvaro Montoya  
**Editor académico**